

No era domingo, y sin embargo el pueblo de Favieres estaba de fiesta. Los obreros no habían ido á trabajar, las mujeres hablabán en grupos en la plaza de la iglesia y la taberna de Thiboré estaba un poco abandonada mientras que en la de Vincelas rebosaba la gente. Everard el tahonero ocupaba una mesa rodeado de sus hijos y peroraba con autoridad:

— ¡Bastante han adelantado con haber procedido tan suciamente con nuestro cura! ¡Bien les ha salido el manejo! Frottier ha perdido su plaza de guarda rural y Malversín perderá la suya de consejero general. En cuanto al antiguo alcalde Lefrançois, hay que respetar á los muertos, pero era un canalla...

— ¿Es verdad que la propiedad de Fresqueville está de venta? preguntó Bertrand el carnicero.

— Sí, dijo Everard, ayer lo supe en la Bolsa de los cereales, en Beaumont. La han comprado á la viuda unas personas muy ricas de París. ¡Buen negocio para la comarca! Ahora rodará el dinero y habrá coches, caballos y cacerías. Todo lo contrario de lo que venía sucediendo hace veinte años. No es por criticar, pero la vieja señora de Fresqueville vivía miserablemente y sus sucesores los tales señores de Lefrançois eran unos roñosos de primera clase.

— ¿Y la viuda? ¿Qué ha sido de ella?

— Está en París. En aquella gran ciudad no se conocen las personas las unas á las otras, y siempre que haya dinero, se es bien recibido sin que nadie haga caso de lo que se ha hecho antes. La viuda es joven, bonita y rica. La va á correr en grande.

— Siempre será cierto que ha habido dos hombres muertos por ella, su marido y su amante, dijo Bertrand. Era un buen mozo, muy amable y muy bien criado, el señor Bernardo. Para que él matase al alcalde, sería preciso que éste tratara de asesinarle.

— ¡Toma! ¡Buena es esa! Le encontró con su mujer. Si tú encontraras á Everard el mayor con la tuya, ¿qué harías?

— ¡Diablo! ¡Un hércules! Le diría: « ¡No te molestes! ».

Una tempestad de risas hizo temblar la taberna.

— Te vamos á nombrar alcalde, dijo Bertrand á Everard. Harás muy buen efecto en la alcaldía en los días de sorteo y de revisión. Y después eso hará rabiarse á Thiboré.

— ¿Pero cree aún que se le va á nombrar? exclamó Vincelas desde el mostrador. ¡Ah! ¡Como me hicierais semejante porquería!

— No tengas cuidado. ¿Quieres tú ser adjunto?

— ¡No! ¿Quién enjuagaría mis botellas mientras tanto?

— Harías lo que Thiboré: no enjuagarlas.

— Ese es un tabernero mortal de necesidad.

— ¡Y que puedes decirlo! Cuando fabrica el vino en la cueva, sube con las manos azules y la madera de sus pipas está tan carcomida, que los toneleros no quieren comprarlas.

— ¡Vincelas, enseñanos las manos!

— ¡Si hay una sola gota de nada malo en lo que os vendo, dijo el tabernero, que se me vuelva veneno esta copa!

Y se bebió una lamparilla de aguardiente.

— Eso es verdad; Vincelas bebe con nosotros; Thiboré, jamás.

— Conoce bien sus productos.

Un gran ruido de muchachos que estaban

jugando en la plaza llamó la atención de los bebedores.

— Ahí tenéis á la madre del cura, que sale de su casa, dijo Everard. Va á la estación á esperar á su hijo. Dentro de una hora le tenemos aquí. Estos chicos le harán olvidar las infamias de Thiboré y de Malversín, que le prepararon una cencerrada. No es que nosotros seamos devotos, ¿verdad? las historias de allá arriba no nos conmueven, pero los hombres honrados son los hombres honrados. Además, puesto que ese pillo de enfrente le atacaba, nosotros debemos festejarle.

— ¡Cómo habla este Everard! Él y Binant son dos lenguas como no las hay en dos leguas á la redonda.

— ¿Y el cura?

— ¡Oh! ¡Ése habla como los libros!

— Parece que se han fastidiado en grande cuando han tenido que soltarle. Tenían ya preparado su negocio. Aquel delgaducho de mala catadura que vino á Fresqueville el día de la muerte de Lefrançois, era una fiera. Quería á toda costa la cabeza del cura. ¡Ya lo creo! Eso no se tiene todos los días. Desde el cura asesino que « disfrutaron » hace cinco años en el Mediodía y que el *Petit Journal* retrató en sus grabados, no se había visto nada semejante. El juez se frotaba ya las

manos de gusto. Así es que cuando se le ha escapado la presa, se habrá puesto amarillo.

— ¿Pues y el escribano de aquí, ese canalla que gritaba: « Sí, es el culpable » por apoyar á su compadre de Beaumont? ¡ Yo le hubiera dado algo que no se le cayera, para enseñarle lo que es justicia!

— ¡ Ya lo veis! dijo gravemente Everard; ante todo hay que hacerse amigos, porque todo depende de la opinión. Aunque se sea un hombre honrado, si todo el mundo dice que es uno un bribón, no hay remedio, es uno un bribón. Nuestro cura ha hecho siempre mal de dársele un pito del qué dirán y en no ocuparse más que en favorecer á los pobres diablos. No son éstos los que dan la influencia. Si el cura hubiera hecho el negocio de esa gente, no saldría hoy de la cárcel, sino que estaría siendo canónigo de la catedral y en camino para obispo. Tendríamos de diputado á Lefrançois, que no sería, acaso, peor que Binant, que ha votado el otro día con los socialistas unas leyes que si rigieran nos cargarían á los comerciantes todos los impuestos de la comarca...

— Con razón se había dicho que el tal Binant se portaría como un asno.

— Ese viejo chocho cree que ha dicho el Evangelio cuando nos ha obsequiado con sus frases

sobre los derechos de las masas y el interés de los trabajadores... ¿ Qué somos nosotros sino trabajadores?

— Vosotros sois contribuyentes.

— ¡ Eso es!...

— Materia buena para despojarla.

— ¡ Y para pagar por todo el mundo!

— ¡ Y habrá que dar encima las gracias!

— Hasta que no nos quede más que la piel, como á los que gritan.

— ¿ Quién será el que me quite á mí la piel? dijo Everard el mayor, pegando en la mesa un puñetazo que hizo salir una nube de polvo. ¡ Quisiera yo ver á ese valiente!

— Vendrán á cientos.

— Se la ganarán de todos modos. ¿ Y sabes lo que sucederá? Que el cura subirá al púlpito y dirá á nuestras mujeres: « ¡ Calmad á vuestros hijos y á vuestros maridos! : la ley es la ley. » Y obedeceremos, como siempre. Se han hecho cinco ó seis revoluciones, después de la grande, que valió ella sola por otras tantas, ¿ y qué es lo que hemos ganado? El derecho á votar. ¡ Una ganga! ¿ Qué resulta del tal derecho? Una mayoría de ricos en vez de una mayoría de nobles, total, igual. Ó peor, porque los señores, según me contaba mi padre muchas veces, se ocupaban de sus campesinos, y de sus colonos y los ayudaban como cosa pro-

pia, mientras que ahora, vete á pedir algo al propietario de Orscamps, ó al de Maisoncelle ó al de Fresqueville... La verdad es que no salimos de años y que ya que debamos tenerlos, no conviene que sean como aquel fachendón de socialista que las echa de terrible en la cámara y que vino hace dos años á predicar la huelga. Aquel tipo me hizo el efecto de un charlatán como el dentista que saca muelas con un sable en la feria de todos los años. Opera en las revoluciones sin dolor... para él.

— ¡ Bien hablado, Everard ! ¿ Quieres ser diputado en la primera elección ?

— No, bien se está san Pedro en Roma...

Un tumulto lejano interrumpió la conversación.

Era el ruido de un coche en el camino, acompañado de alegres gritos. Vincelas descendió majestuosamente del mostrador, abrió la puerta de la taberna y vió que por lo alto de la calle venía una turba de muchachos rodeados de una nube de polvo y gritando :

— ¡ Ahí está ! ¡ ahí está !

Los vecinos se agolpaban en las puertas y los que no estaban en sus casas, se reunían en la plaza. Las hermanas de la escuela libre trataban de alinear sus discípulas, mientras que la campana de la iglesia volleaba alegremente como en las grandes fiestas.

— ¡ Ahí tenemos á nuestro cura ! dijo Vincelas.

Y todos los concurrentes de la taberna dejaron sus mesas y se repartieron por el pueblo. Un coche llegaba al trote de dos escudados penecos y en el pescante el alquilador Danicaux hacia molinelas con el látigo para animar á sus bestias y hacer en lo posible una entrada de sensación.

El coche se detuvo ante la puerta del cura y el cochero se tiró del pescante para abrir la portezuela que estaba premiosa. El obispo bajó el primer, ayudado por el joven cura de Prefont ; en seguida la madre de Daniel y, por último, el cura de Favieres. En este momento se levantó una tempestad de gritos y el mortero que servía para tirar las bombas el día 14 de Julio, se disparó con estrépito y gran estremecimiento de los cristales de las casas.

Al mismo tiempo salió procesionalmente todo el personal de la iglesia, precedido por los niños de coro que llevaban los estandartes. Venían detrás los alumnos de la escuela, y la música del pueblo, para compensar un poco el carácter demasiado clerical del acto, se puso á tocar ruidosamente *le Morsellesa*. La multitud, electrizada, prorrumpió en vitores, los niños cantaban, la banda lanzaba al aire los sonidos estridentes de su viejo metal y la campana, dominando todos estos ruidos,

repartía desde la torre sus sonoras vibraciones.

Durante un momento reinó allí una admirable cacofonía que hizo asomar las lágrimas á todos los ojos. Por fin, en un instante de silencio, pudo hacerse oír la voz del obispo y reinó un respetuoso silencio:

— Amigos míos, os traigo vuestro cura. He querido estar presente á su vuelta entre vosotros porque creo que después de la cruel é injusta prueba que acaba de sufrir, debo contribuir con mi presencia á la reparación solemne que se le debe. Vuestra acogida, tan cordial y tan conmovedora, me prueba que habéis pensado como yo y esta manifestación de cariño y de respeto que dedicáis al padre Daniel me agrada profundamente. Le he visto en circunstancias peligrosas para su razón y para su conciencia y he podido apreciarle: es un buen sacerdote. Amadle y escuchadle. Su corazón es puro y serena su inteligencia. No os dará más que consejos de humanidad y ejemplos de cordura. Espero que desearéis hacerle olvidar sus tristezas, algunas de las cuales le habéis ocasionado vosotros mismos, y que las humillaciones que ha sufrido redundarán en su gloria.

Una gran aclamación saludó este discurso y los niños de coro, como para responder á las palabras del prelado, entonaron un himno de circunstancias. El cura, en tanto, abrió la puerta de su casa

al obispo y á su secretario y trató de sustraerse á las ovaciones.

— No huya usted, padre Daniel, dijo el joven secretario, todo lo que hace esta buena gente es muy justo y no hay que dejárselo hacer en el vacío. Si le traen á usted un ramo, tómelo. Si le dicen cumplimientos, escúchelos. No desanimemos el celo, que no es tan frecuente ni tan caluroso.

— Nuestro amigo tiene razón, señor cura, dijo el obispo. No desdeñe usted una popularidad que aprovecha á la Iglesia. Puesto que tiene usted en su poder á sus feligreses, condúzcalos por el buen camino.

— Si vuestra Ilustrísima lo permite, lo primero que haré será decir una misa en acción de gracias.

— Mi joven secretario la ayudará y yo la presidiré.

— Hermanos míos, dijo el padre Daniel, diríjlos á la iglesia. Dentro de un momento nuestros espíritus y nuestros corazones se unirán allí para dar gracias á Dios.

Entraron en la casa, de la que ya había tomado posesión la madre del cura, y encontraron en la sala un personaje vestido de negro, grueso y con aire bonachón, que se adelantó con unos papeles en la mano.

— ¡Calla! ¡ Si es el señor Rampón! dijo el se-

cretario del obispo. ¿Cómo tan lejos de Beaumont?  
¿Viene usted atraído por la presencia del obispo?

Y al mismo tiempo empujó al notario hacia el prelado.

— Seguramente, la venida de su Ilustrísima hubiera sido un motivo más que suficiente... Son conocidas las opiniones de la familia Rampón... Pero, en realidad, es el padre Daniel el objeto de mi visita...

— ¿Yo? dijo el sacerdote con sorpresa.

— Sí, señor cura; y aunque las circunstancias en que voy á hacer á usted una comunicación profesional son muy tristes, esta noticia regocijará por su índole á todos los buenos corazones y estoy seguro de que á usted mismo.

— Vamos á ver, señor Rampón, dijo el obispo sentándose; ¿de qué se trata?

De una liberalidad hacia el señor cura de Favieres demi tan desgraciado cuanto llorado cliente señor Letourneur...

Al pronunciarse este nombre, reinó un pesado silencio. El notario, muy acostumbrado á los efectos lúgubres de las lecturas testamentarias, se impresionó, sin embargo, y se puso inquieto, dudando vagamente de si habría cometido alguna torpeza ó dicho alguna tontería. Quiso, á pesar de todo, explicarse y añadió:

— Mi cliente no ha querido que durasen más

tiempo los apuros de dinero del señor cura y me ha ordenado que pagase las sumas debidas por la escuela libre. Una dificultad parecía presentarse. El juzgado había recibido orden de la viuda de Lefrançois de darse por pagado de esa suma... Pero yo, fiel á las órdenes de mi cliente, no he consentido un acomodo que contrariaba directamente la voluntad del difunto. He rechazado la liberalidad equívoca de la señora de Lefrançois y he hecho cerrar todo procedimiento, contra el pago contante y sonante de la cantidad en cuestión. Creo haber obrado bien en esta ocasión... Todo está en orden... He aquí los recibos.

Puso los documentos en la mesa y esperó observar un movimiento de satisfacción. Pero se quedó estupefacto ante la emoción que experimentaba el padre Daniel. Los ojos del sacerdote sellenaron de lágrimas, sus labios temblaron y sólo pudo balbucear:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Sus ojos asombrados creyeron ver manchas de sangre en los papeles del notario. La cara pálida y triste de Bernardo apareció en su imaginación, tal como la había visto pocos momentos antes de su muerte, su corazón se oprimió é incapaz de sostenerse, se desplomó en su asiento y rompió á llorar amargamente con la cabeza entre las manos.

— Vamos, señor cura, dijo el obispo, un poco

más sangre fría. Ese pobre muchacho ha reparado en lo posible el daño que había causado, y los humildes y los inocentes aprovecharán su acción, puesto que así se asegura el porvenir de la escuela. Dedique usted á su amigo una tierna gratitud, pero serene su espíritu. No tiene usted nada de que arrepentirse sino todo contrario.

— ¡Ah! señor, acaso no he hecho todo lo que podía por salvar á ese desgraciado... El egoísmo humano es inconsciente.

— ¡Le prohibo á usted calumniarse! dijo el prelado con firmeza. Tengo autoridad sobre su conciencia y no conozco nada más admirable.

Se volvió en seguida hacia el notario y añadió :

— Agradezco á usted personalmente, señor Rampón, haber venido á traer al padre Daniel los documentos que le libran de una carga que él había aceptado por exceso de caridad... Si no le contraría oír una misa, venga con nosotros á la iglesia. Después, almorzaremos juntos. El señor cura nos invita.

— ¡Oh! Mi sentimientos son conocidos... Será para mí un honor y una alegría...

— Sí, ya sé que no es usted muy librepensador ni enteramente masón para tener un cargo público, dijo sonriendo el obispo. ¡Ah! señor Ram-

pon; en otro tiempo hubiera usted tenido como un honor el ser mayordomo en la catedral... Pero qué diría el prefecto, ¿verdad?

Salieron y encontraron la plaza desierta. Los que habían llegado los últimos se apiñaban bajo el pórtico de la iglesia. Entraron en el cementerio por las estrechas calles de tumbas en que dormían viejos y jóvenes, pobres y ricos, cubiertos por la misma tierra de igualdad, llegaron á la sacristía.

El cura de Favieres revistió los ornamentos sacerdotales y después, precedido por el sacristán y acompañado por el obispo, entró en el presbiterio, subió los escalones del altar y se prosternó. Era el medio día. Los rayos del sol, tamizados por los vidrios de aquella iglesia de pueblo, difundían en la fresca bóveda una tranquila y mística luz violeta. El recogimiento reinaba en los asistentes. El órgano empezó á cantar dulcemente y á sus armonías el corazón del padre Daniel se conmovió profundamente y le pareció que en el fondo de su pensamiento surgían todos los personajes que habían influido en su vida. Florencia que, vestida de negro, le hacía con la mano una despedida irónica. Lefrançois amenazándole con su garrote de conductor de bueyes y mostrándole el cartel amenazador de deshonor y de ruina; y en una especie de oscura bruma, Bernardo, el joven alegre

que no creía más que en el placer y en la dicha.

Todos habían desaparecido, Lefrançois y Bernardo, muertos, y Florencia tan lejos como si no viviera. Solamente quedaba él, protegido y salvado por su Dios. Un sentimiento de inmensa gratitud arrebató su espíritu hacia las serenas alturas. Olvidó las miserias del mundo, las vergüenzas de la vida y los horrores de la humanidad. Se confesó sin reserva que sólo en el culto divino estaba el asilo contra el dolor y la desesperación. y en un impulso de reconocimiento y de inefable amor, rompió los únicos lazos que le ataban á la tierra para entregarse únicamente al cielo.

Entre sus manos temblorosas elevó el cáliz, que resplandeció á la luz del sol, y lo llevó á sus labios para ingerir en su ser el cuerpo y la sangre de Cristo. Permaneció un instante absorto en su adoración y después se volvió hacia los fieles, inclinados como él, y dijo :

— Invoquemos al Señor, hermanos míos, por el reposo de las almas de los que han pecado y de los que han sufrido. Pidamos para ellos el arrepentimiento en la vida y el perdón en la muerte, y que nuestros dolores, nuestras penas y nuestras oraciones rediman sus faltas en este mundo y garanticen su absolución en la eternidad.

— Así sea, dijo el obispo con voz conmovida.

Todas las frentes se inclinaron ante la actitud del sacerdote, como movidas por una autoridad suprema, y él volvió hacia la cruz sus miradas de amor y de reconocimiento, y oró con corazón cándido y sencillo.

FIN.

12



